

Amigos de la
Universidad de Navarra

CONCLUYE LA ASAMBLEA

Monseñor Escrivá dirigió una alocución sobre la conducta a seguir en la esfera familiar, en el trabajo y en lo social

PAMPLONA, 10. (Por teléfono, de nuestro envío especial, Oscar Núñez Mayo.)—Los actos de la asamblea general de Amigos de la Universidad de Navarra ha tenido ayer emotivo colofón con una recepción multitudinaria en el Campus Universitario, el mismo lugar que el domingo fuera escenario de la misa oficiada por monseñor Escrivá. En los programas, y así lo anunciábamos en nuestra crónica de ayer, estaba previsto que se celebrarian en el teatro Gayarre tres recepciones sucesivas, a partir de las nueve de la mañana. Pero a última hora se decidió por una sola recepción que agrupara a todos los Amigos de la Universidad de Navarra.

A las diez y media de la mañana se hallaba el Campus repleto de personas que procedían de todas las regiones españolas y de muchos países europeos, y entre la mul-

titud podían leerse pancartas en distintos idiomas.

A las once llegó al Campus Universitario monseñor Escrivá entre una oleada de aplausos y ovaciones que evidenciaban de manera emocionante el cariño y la veneración que este sacerdote extraordinario, creador del Opus Dei, despierta en todos los corazones de sus seguidores.

Después de contestar a muchas preguntas, durante la mañana, monseñor Escrivá dirigió una alocución a todos los allí congregados sobre la conducta a seguir en la esfera familiar, en el ambiente de trabajo y en el social, ensalzando las virtudes del amor humano y el camino de perfección y santificación que supone el trabajo vulgar y rutinario de cada día, y terminó diciendo que ama tanto a su Universidad de Navarra que cuando muera desea que su corazón sea

colocado en la ermita universitaria, situada cerca de la carretera de Madrid, junto a la imagen bellísima que allí se venera de la Virgen María del Amor Hermoso.

Ni que decir tiene que estas palabras de monseñor Escrivá conmovieron profundamente a todos.

Monseñor Escrivá, en sus alocuciones, resalta frecuentemente el amor humano con palabras sencillas y poéticas, palabras que tantas veces habremos oído en otros sacerdotes, pero que en él tienen un aire nuevo. Es como si en su boca y en su voz las viejas palabras tuvieran otro acento, cobran una nueva forma.

Otro rasgo muy suyo es su gran sentido del humor, su ingenio dialéctico. Cuando monseñor Escrivá se pone en humorista deja de ser el legendario y casi mítico fundador del Opus Dei para convertirse en un cura aldeano

de Barbastro, bondadoso y cazarro, lleno de amor hacia sus feligreses, pero a los que fustiga sin contemplaciones. Alguien de entre el grupo de periodistas le pidió en voz alta que bendijera nuestras plumas y monseñor contestó rápido: «Sí y vuestras lenguas.»

Ayer tarde, en el festival taurino, hablaba con los espadas, que iban en traje campero, y les dijo: «Ya veis, vosotros toreros y no os ponen de luces y a mí esta mañana me vistieron de verde y oro.»

Yo no sé cuando monseñor Escrivá se gana más simpatías si cuando habla de amor, de fraternidad, de eficacia y entusiasmo en la vida profesional y vulgar de cada día o cuando tiene estos rasgos de humor. Lo que sí puedo testimoniar personalmente es que es un hombre que se gana los corazones de quienes le hemos tratado. Y no soy del Opus Dei.

Ante
de
se
ju

Extrao
parc
5.000
much